

Deshonra: Sobre Marc Hauser

[Charles Gross, *The Nation*, 21 de diciembre de 2011](#)

(Traducción: Verónica Puertollano)

En verano de 2007, mientras el científico Marc Hauser estaba en Australia, las autoridades de la Universidad de Harvard entraron en su laboratorio en la décima planta del William James Hall, confiscando ordenadores, cintas de vídeo, manuscritos inéditos y notas. Hauser, que por entonces tenía 47 años, era profesor de psicología, organísmica y psicología evolutiva, y antropología biológica. Era popular entre sus estudiantes, y un prolífico investigador y autor, con más de 200 artículos y varios libros en su haber. Su libro más reciente, *La mente moral* (2006), trata las bases biológicas de la moralidad humana. Noam Chomsky dijo que era una «introducción lúcida, experta y desafiante a un campo que se está desarrollando a mucha velocidad con grandes promesas e implicaciones de largo alcance.»; para Peter Singer, «es una contribución importantísima al debate actual sobre la naturaleza de la ética».

Tres años después de la incautación de los materiales en el laboratorio de Hauser, el *Boston Globe* filtró la noticia de que un comité de investigación secreto en Harvard juzgaba a Hauser como «“el responsable único”» de ocho cargos de mala conducta científica.» Michael Smith, decano de la Facultad de Artes y Ciencias, confirmó la existencia de la investigación el 20 de agosto de 2010. Hauser cogió una excedencia, diciéndole al *New York Times* «Reconozco que he cometido algunos errores importantes,» añadiendo que «lamentaba profundamente los problemas que este asunto le

ha causado a mis estudiantes, a mis colegas y a mi universidad.» Por entonces trabajaba en un nuevo libro titulado *Evilicious: Why We Evolved a Taste for Being Bad*. En febrero de 2011 una inmensa mayoría del departamento de psicología de la facultad de Harvard votó en contra de permitir a Hauser que diera clase en el siguiente año académico. El 7 de julio dimitió de su cátedra con fecha efectiva del 1 de agosto. Hauser ni ha admitido ni ha negado públicamente haber incurrido en mala conducta científica.

La ciencia se guía por dos poderosas motivaciones —descubrir la “verdad”, pero reconociendo lo fugaz que puede ser, y lograr el reconocimiento mediante la publicación en revistas importantes, el apoyo financiero para proseguir y ampliar la investigación, y la promoción, los premios y la pertenencia a prestigiosas sociedades científicas. La búsqueda de la verdad científica puede verse gravemente desbaratada por el deseo de reconocimiento, lo que puede dar lugar a la mala conducta científica.

Los Institutos Nacionales de la Salud (NIH, en inglés) y la Fundación Nacional de Ciencia (NSF), las principales fuentes de fondos para la investigación en Estados Unidos, han definido la mala conducta científica en la investigación como la que implica fabricación, falsificación o plagio. «Fabricación» es inventarse los datos; «falsificación» es alterar o seleccionar los datos. Esta definición de mala conducta ha sido adoptada por otras agencias federales y la mayoría de las sociedades científicas e instituciones de investigación. Se excluyen explícitamente de la categoría de mala conducta científica «los errores legítimos o las diferencias de opinión»; otros tipos de mala conducta, como el acoso sexual, el maltrato animal y el uso

indebido del dinero de las subvenciones son el objetivo de otros mecanismos de prevención y cumplimiento.

La mala conducta científica no es necesariamente una señal del deterioro de la ética entre los científicos de hoy, ni de la creciente competición por los cargos y los fondos de investigación. Las acusaciones de mala conducta científica, a veces bien fundadas, salpican la historia de la ciencia desde los filósofos naturales griegos en adelante. Ptolomeo de Alejandría (90-168), el astrónomo más importante de la antigüedad, ha sido acusado de utilizar sin citar al autor las observaciones sobre las estrellas que hizo su predecesor Hiparco de Rodas (162-127 a.n.e.), el cual había utilizado muchas de las observaciones babilonias como si fueran suyas. Isaac Newton empleó «factores de corrección» para ajustar mejor los datos a sus teorías. En sus estudios sobre las características hereditarias, Gregor Mendel presentaba unas proporciones casi perfectas, y por tanto muy improbables desde el punto de vista estadístico, de sus cruces de guisantes. Cuando Mendel cruzó plantas híbridas, predijo y descubrió que un tercio exacto era puro y dos tercios eran híbridos. La alta improbabilidad de obtener proporciones exactas de 1:3 fue señalada por primera vez en 1911 por R. A. Fisher, el fundador de la estadística moderna y uno de los fundadores de la genética de poblaciones, cuando estudiaba en la Universidad de Cambridge. Aunque Charles Darwin ha sido claramente absuelto de la acusación de robar la idea de la selección natural a Alfred Russel Wallace, parece haber citado a regañadientes a algunos de sus predecesores.

La primera discusión formal sobre la mala conducta científica fue publicada en 1830 por Charles Babbage, que ocupó la silla de Newton en Cambridge e hizo aportaciones muy importantes a la astronomía, las matemáticas y el

desarrollo de los ordenadores. En [*Reflections on the Decline of Science in England and Some of Its Causes*](#), Babbage distinguía «varios tipos de imposturas practicadas en la ciencia (...) embustes, fingimientos, amaños y falseamientos.» Un ejemplo de «impostura» sería el hombre de Piltdown, descubierto en 1911 y desacreditado en 1953; se habían combinado partes de un simio con un cráneo humano, representando supuestamente un «eslabón perdido» en la evolución humana. Los embustes pretenden poner en evidencia la ingenuidad y la credulidad y burlarse del pseudoconocimiento. A diferencia de la mayoría de los embustes, las otras «imposturas» de Babbage se llevan a cabo para impulsar la carrera científica del perpetrador. El «fingimiento», a su juicio poco común, es la falsificación de los resultados, lo que hoy se llama fabricación. El «amaño» consiste en eliminar los valores atípicos para hacer que los resultados parezcan más precisos, manteniendo la misma media. El «falseamiento» es la selección de los datos. El amaño y el falseamiento caen bajo el epígrafe moderno de «falsificación». Las convenciones académicas y los estándares de honradez científica eran probablemente distintos en el pasado remoto, sin embargo las enemistades, las disputas de prioridad y los conceptos porosos de la veracidad científica de los siglos anteriores parecen contemporáneos.

* * *

A finales de los 60 estaba comiendo en el William James Hall con unos profesores auxiliares, compañeros del departamento de psicología de Harvard, cuando una mujer llamada Patricia Woolf se sentó en nuestra mesa. Desconocida para nosotros, Woolf era una pionera en el estudio de la mala conducta científica. Nos preguntó si habíamos oído algo sobre la fabricación de datos por parte de uno de nuestros colegas. Cuando dijimos que sí, preguntó si íbamos a hacer algo al respecto. Uno de nosotros dijo algo así

como «Mire, nuestro presidente, Richard Herrnstein, es un criminal de guerra. ¿Por qué deberíamos preocuparnos por que T — — . fabrique los datos?». Supongo que no nos tomábamos el asunto tan en serio. Por entonces Herrnstein adiestraba palomas para que reconocieran personas y sampanes en fotografías de follaje selvático. El trabajo fue financiado por el Laboratorio de Guerra Limitada del Ejército de Estados Unidos y realizado afuera del campus porque Harvard prohibía la investigación secreta. (Con Charles Murray, Herrnstein escribiría después *La curva de campana*, que contenía afirmaciones incendiarias sobre las supuestas diferencias raciales en la inteligencia.) Herrnstein logró posteriormente ayudar al malhechor a encontrar trabajo en otra parte, anticipándose a la posibilidad de un escándalo en Harvard.

En las últimas décadas ha habido una serie de estudios preguntando a científicos en todos los niveles de investigación en distintos campos, y bajo el amparo del anonimato, si han estado involucrados alguna vez en la fabricación, la falsificación o el plagio, o han tenido pruebas directas de dicha mala conducta por parte de otros. Aunque los resultados eran variables y se utilizaron distintas puntuaciones de respuesta y distintas metodologías, el panorama general es alarmante.

En una amplia y pionera encuesta a estudiantes de posgrado y profesorado de ciencia en noventa y nueve universidades, la historiadora de la biología y ética Judith Swazey y sus colegas descubrieron que el «44 por ciento de los estudiantes y el 50 por ciento de los profesores» tenían conocimiento de dos o más clases de mala conducta ampliamente definida; cerca del 7 por ciento había «observado» o tenido «conocimiento directo» de un profesor falsificando los datos. En una encuesta a sus miembros, la Sociedad

Internacional de Bioestadística Clínica descubrió que el 51 por ciento de los que respondieron conocían al menos un proyecto fraudulento en los diez años anteriores. De los 549 de estudiantes de biomedicina de la Universidad de California en San Diego, el 10 por ciento dijo que tenía «conocimiento de primera mano de alteración intencionada o fabricación de datos por parte de científicos persiguiendo la publicación.» En una encuesta similar, el 8 por ciento de los becarios postdoctorales de medicina y biología en la Universidad de California en San Francisco dijo que había visto a científicos alterar datos para la publicación. La Asociación Americana para el Avance de la Ciencia encuestó a una muestra al azar de sus miembros, y el 27 por ciento de los que respondieron creían haberse encontrado o presenciado investigaciones fabricadas, falsificadas o plagiadas durante los diez años previos, con una media de 2.5 ejemplos. Un estudio realizado por el director de investigación interna en la Oficina de Integridad en la Investigación (ORI, en inglés) del Departamento de Salud y Servicios Humanos descubrió que de 2.212 investigadores que recibían becas de los Institutos Nacionales de la Salud (NIH, en inglés), 201 dieron ejemplos de probable mala conducta según la definición de la federación durante un periodo de tres años, de los cuales el 60 por ciento eran fabricaciones o falsificaciones y el 36 por ciento plagios. Teniendo en cuenta que en 2007 155.000 empleados recibieron apoyo económico de los Institutos para la investigación, los autores sugirieron que en el más prudente de los supuestos, se producía un mínimo de 2.325 actos de posible mala conducta investigadora cada año. Por último, en un metaanálisis de dieciocho estudios, el dos por ciento de los científicos admitieron haber fabricado o falsificado datos y más del 14 por ciento vio a otros científicos hacer lo mismo.

Los científicos culpables de mala conducta están en todos los campos, en toda clase de instituciones de investigación y en diferentes entornos sociales y educativos. Sin embargo una encuesta en la excelente cobertura sobre el fraude en *Science* y los últimos libros sobre el tema —desde *Anatomía del fraude científico* (2004) de Horace Freeland Judson a *On Fact and Fraud: Cautionary Tales From the Front Lines of Science* (2010), de David Goldstein —revelan un patrón del más común, o modal, del corrupto científico. Es un hombre joven, ambicioso y brillante que trabaja en una institución de élite en una rama en rápido movimiento y altamente competitiva de la biología moderna o la medicina, donde los resultados tienen importantes consecuencias teóricas, clínicas o financieras. Ha sido tutelado y apoyado por una figura veterana y respetada del *establishment*, que con frecuencia es el coautor de muchos de sus artículos pero que puede no haberse implicado de cerca en la investigación.

La mala conducta científica es a menudo difícil de detectar. Aunque las solicitudes de subvenciones y los artículos de investigación enviados a las publicaciones prestigiosas se revisan rigurosamente, es muy difícil para quien lo revisa descubrir la falsificación o la fabricación. Los intentos de «replicación» —repetir el experimento de otro— suelen ser otro filtro débil para la mala conducta. Las publicaciones son reacias a publicar los resultados de intentos de replicación, sean positivos o negativos, disuadiendo por tanto de dichos intentos. En cualquier caso, especialmente en el complejo mundo de la biología, suele ser difícil repetir un experimento científico debido a la multitud de diferencias, a menudo desconocidas, entre el original y la réplica. La incapacidad para replicar no demuestra fraude; sin embargo, señala un problema a ser estudiado. A veces el fraude se detecta mediante un cuidadoso análisis de artículos publicados que revelen ejemplos

publicados más de una vez o amañados; la mayor parte de las veces, es descubierto por los estudiantes del perpetrador u otros miembros de su laboratorio.

* * *

La verdadera participación del gobierno en el control de la mala conducta científica no comenzó hasta 1981, cuando Al Gore, por entonces diputado y presidente del Subcomité de investigación y supervisión del Comité para la Ciencia y la Tecnología, convocó una serie de audiencias tras el estallido de notorios escándalos. Uno era el caso de John Long, un prometedor profesor asociado en el Hospital General de Massachusetts del que se descubrió que había falsificado líneas de células en su investigación sobre la enfermedad de Hodgkin. Otro caso afectaba a Vijay Soman, profesor asociado en la Facultad de Medicina de Yale. Soman plagió los resultados de la investigación de Helena Wachslicht-Rodbard, que trabajaba en los Institutos Nacionales de Salud. Un documento que había escrito Wachslicht-Rodbard sobre la anorexia nerviosa y los receptores de insulina había sido enviado para su publicación al mentor de Soman, Philip Felig, vicepresidente del Departamento de Medicina en Yale. Felig se lo dio a Soman, para que escribiera una carta de rechazo como si fuera él. Soman robó entonces la idea del artículo de Wachslicht-Rodbard y algunas de sus palabras, fabricó sus propios «datos» de apoyo y publicó sus resultados con Felig como coautor.

Las audiencias de Gore eran un desfile de científicos veteranos y administradores científicos que afirmaban que el fraude científico no era un problema. Suponía solo unas pocas «manzanas podridas», insistían, y que en cualquier caso se debería confiar en la comunidad científica para resolver

el problema y que el gobierno debería abstenerse de restringir la libertad científica. Como dijo Philip Handler, entonces presidente de la Academia Nacional de Ciencias, la organización más prestigiosa entre los científicos estadounidenses, «El tema de la falsificación de los datos (...) no tiene por qué concernir a la sociedad en general. Es más bien un tema relativamente menor» en vista del «modo sumamente efectivo, democrático y autocorrector» de la ciencia. Después de más escándalos famosos, se creó la Oficina de Integridad en la Investigación (más tarde la ORI) para investigar las acusaciones de fraude científico en las investigaciones financiadas por los NIH. La NSF creó una oficina parecida para sus subvenciones.

Los NIH y la NSF exigen ahora a todas las instituciones que solicitan financiación para la investigación que tengan un conjunto de procedimientos para el manejo de las acusaciones de mala conducta científica. En resumen, la instrucción habitual es que tras la presentación de una acusación al presidente del departamento o al decano, se lleve a cabo una investigación previa para determinar si está justificada una investigación formal. De ser así, la investigación es efectuada por un pequeño comité de miembros de la facultad de otros departamentos. Durante ambas fases el científico acusado tiene la posibilidad de responder, y toda la investigación es en teoría confidencial. El comité tiene pleno acceso a los archivos informáticos del científico acusado, a datos no publicados y a notas de la investigación financiada por el gobierno.

Si la investigación descubre mala conducta, la universidad puede proseguir con distintas acciones, que van desde la destitución del científico del proyecto manchado, a la retirada de los artículos publicados del científico a su despido. La ORI o una agencia federal equivalente emprende entonces su

propia investigación. Tiene el poder de negar futuras subvenciones al científico deshonrado. El proceso judicial federal por uso indebido de los fondos para la investigación es también una posibilidad. Suele mantenerse el secreto total o parcial hasta que la investigación federal ha terminado. A veces el proceso de determinar la conducta científica puede prolongarse, ya que es posible apelar las decisiones de la ORI. Más recientemente, los NIH y la NSF han exigido formación en «conducta responsable en la investigación» a todos los estudiantes que recibieron apoyo financiero. Como resultado ha habido una avalancha de libros, simposios, talleres y subsidios sobre el tema. En mis clases sobre ello en Princeton y Berkeley he utilizado el excelente *Scientific Integrity*, de F.L. Macrina, ahora en su tercera edición (2005). Incluye contexto histórico, las regulaciones actuales y casos para discutir en clase de una variedad de temas, incluyendo la autoría, la revisión por pares, la tutoría, el empleo de animales y seres humanos como sujetos de experimentos, la conservación de registros y los conflictos de intereses y de conciencia.

* * *

Marc Hauser ha trabajado en la excitante interfaz de la cognición, la evolución y el desarrollo. Como explicaba en su web, su investigación se ha centrado en «comprender qué capacidades mentales son compartidas con otros primates no humanos y cuáles son exclusivamente humanas», y en determinar «los antiguos bloques de construcción evolutiva de nuestra capacidad para el lenguaje, las matemáticas, la música y la moral.» Hauser ha trabajado sobre todo con monos Rhesus, tamarinos de cabeza blanca y niños. Los tamarinos son pequeños monos sudamericanos similares a los titís y, como ellos, son realmente una monada. (Yo también he trabajado con tamarinos y monos Rhesus.) El laboratorio de Hauser era prácticamente el

único en el mundo que trabajaba sobre la cognición con tamarinos, lo que hacía la replicación de su trabajo prácticamente imposible. En sus estudios donde comparaba a los niños con los monos, Hauser y su equipo de investigación solían reunir los datos de los monos, y sus colaboradores — como las distinguidas psicólogas del desarrollo Susan Carey, presidenta del Departamento de Psicología de Harvard, y Elizabeth Spelke, otra colega de Harvard— reunían los datos de los humanos. Hauser también escribía artículos con figuras muy importantes de los campos relacionados, como Chomsky en la lingüística y Antonio Damasio en la neurociencia. Hauser compartió las subvenciones federales con la mayoría de estas veteranas figuras.

Una motivación clave en el trabajo de Hauser ha sido demostrar que los monos tienen capacidades cognitivas que hasta ahora se pensaba que solo estaban presentes en los grandes simios y en los seres humanos. En un importante estudio de 1970, Gordon Gallup Jr., ahora en la Universidad del Estado de Nueva York en Albany, demostró que los chimpancés pueden reconocerse a sí mismos en un espejo. Gallup puso un punto rojo en la frente de los chimpancés, y cuando se les daba un espejo la mayoría de los animales tocaba el punto rojo. Estudios posteriores demostraron que los grandes simios (chimpancés, bonobos, orangutanes y gorilas) y los seres humanos de más de 18 meses podían pasar la prueba de reconocerse en el espejo, pero no pequeños simios como los gibones, o la amplia variedad de monos probados. En 1995 Hauser publicó la afirmación de que sus tamarinos podrían pasar la prueba. Dos años más tarde Gallup coescribió un ataque contra la metodología de Hauser. Después le dijo al *Boston Globe* que, cuando analizó algunas de las cintas de vídeo de Hauser de los resultados experimentales (se dijo que se habían perdido otras cintas),

Hauser no tenía pruebas para sus afirmaciones. Hauser intentó refutar a Gallup sobre el papel, pero admitió en un artículo de 2001 que no podía repetir sus resultados; sin embargo, nunca se retractó de su artículo original.

Entretanto, experimentos con elefantes, delfines, orcas y urracas han demostrado que estos animales también pueden reconocerse en un espejo, a diferencia de cualquier mono. El logro de la urraca no es sorprendente, ya que la investigación reciente ha demostrado que las urracas y otros córvidos, como los arrendajos y los cuervos, tienen varias capacidades cognitivas vistas anteriormente en los grandes simios, como el uso de herramientas, la previsión y la asunción de roles. Éstos son casos de evolución convergente: los simios y los córvidos no tienen ningún antepasado común con este alto nivel de habilidades cognitivas, sino que surgieron en linajes separados. (Esopo estuvo allí antes). Darwin había intentado eliminar al ser humano del centro del universo biológico, haciendo hincapié en su continuidad psicológica y física con otros seres vivos. Hauser parece querer poner a los seres humanos y a otros primates, como el tamarino de cabeza blanca, en un plano cognitivo por encima de otros animales, como los delfines y los cuervos, que tienen sofisticadas habilidades cognitivas pero no están en el linaje de los primates.

* * *

El inicio de las averiguaciones que dieron lugar a la investigación de Harvard en 2007 fue provocado por una delegación de tres investigadores en su laboratorio. No sabemos casi nada de las declaraciones de Hauser o de Harvard sobre la naturaleza de las acusaciones de los estudiantes. Sin embargo, un artículo de Tom Bartlett publicado en *The Chronicle of Higher*

Education en agosto de 2010 ofrece un vistazo al interior del laboratorio de Hauser. Está basado en un documento que le fue proporcionado a Bartlett, con la condición del anonimato, por un antiguo ayudante de investigación de Hauser. El documento, escribe Bartlett, «son las declaraciones que el ayudante hizo ante los investigadores de Harvard en 2007.» Como él explica, «un experimento en particular provocó las sospechas de los miembros del laboratorio del Sr. Hauser y que, al final, informaran de sus preocupaciones sobre el profesor a los administradores de Harvard.»

Este experimento usaba un método estándar en los estudios con niños y animales: un patrón de sonido se reproduce repetidamente sobre un sistema de sonido y después se cambia, y si el animal mira hacia el altavoz es que el animal ha advertido el cambio. En el experimento de Hauser, tres ayudantes del laboratorio reproducían tres tonos (en un patrón A-B-A). Después de que los monos oyeran varias veces este patrón, los científicos lo modificaban y observaban si los monos habían notado el cambio en el patrón de sonido. El reconocimiento de patrones de este tipo está considerado como un componente de la adquisición del lenguaje. El comportamiento del mono fue grabado en vídeo y después sometido a la «codificación ciega» —es decir, los experimentadores, sin saber qué sonido se estaba reproduciendo, juzgaban si los monos miraban al altavoz—. Cuando la codificación es ciega y se hace de forma independiente por dos observadores, y los dos conjuntos de observaciones coinciden muy estrechamente, se asume que los resultados son fiables.

Barlett seguía explicando que, según el documento que le había sido facilitado por el ayudante de investigación,

el experimento en cuestión era codificado por el Sr. Hauser y un ayudante de investigación de su laboratorio. El Sr. Hauser le pidió a un segundo ayudante de investigación que analizara los resultados. Cuando el segundo ayudante analizó los códigos del primer ayudante, descubrió que los monos no parecían advertir el cambio de patrón. De hecho, miraban al altavoz con más frecuencia cuando el patrón era el mismo. En otras palabras, el experimento fue un fracaso. Pero la codificación del Sr. Hauser demostraba completamente otra cosa: descubrió que los monos advertían el cambio de patrón —y, según sus cálculos, los resultados eran estadísticamente significativos—. Si su codificación era correcta, el experimento era un gran éxito.

Al segundo ayudante le molestaba la discrepancia. ¿Cómo podían dos investigadores ver las mismas cintas y llegar a conclusiones tan diferentes? Le sugirió al Sr. Hauser que un tercer investigador codificara los resultados. En un email al Sr. Hauser, del que fue facilitada una copia a *The Chronicle*, el investigador que analizó los números explicó su preocupación: «No me sentiré cómodo analizando resultados y publicando datos con este tipo de sesgos hasta que podamos verificarlo con un tercer codificador,» escribió.

Un estudiante de postgrado coincidía con el ayudante de investigación y se unió a él para presionar al Sr. Hauser para que permitiera comprobar los resultados, señala el documento entregado a *The Chronicle*. Pero el Sr. Hauser se resistió, discutiendo varias veces en contra de tener a un tercer código de investigador y escribiendo que deberían ir adelante sin más con los datos que él ya había codificado. Tras varias semanas de vaivenes, quedó claro que el profesor estaba molesto.

«Me estoy mosqueando un poco aquí,» escribió el Sr. Hauser en un email a un ayudante. «¡No hubo inconsistencias! Déjame repetir qué es lo que ha

pasado. Yo codifiqué todo. Entonces [un ayudante] codificó todas los ensayos subrayados en amarillo. Solo había un ensayo en el que no coincidimos. Después le pedí por error [a otro ayudante] que mirara a la columna B cuando debería haber mirado la columna D (...) tenemos que resolver esto porque no estoy seguro de por qué estamos dando tantas vueltas a lo mismo.»

Según el documento proporcionado al *Chronicle*, el estudiante de postgrado y el ayudante de investigación que había analizado los datos decidieron volver a examinar las citas sin notificárselo a Hauser. Codificaron los resultados sin consultar entre ellos, y ambos conjuntos de datos mostraban que los monos no parecían reaccionar al cambio de patrón. Cuando revisaron después los resultados de Hauser, descubrieron que lo que había registrado «guardaba poca relación» con lo que ellos habían visto en las cintas. Ninguno de los dos pensaba que fuera una cuestión de diferentes interpretaciones. Como dijo Bartlett, pensaban que los datos de Hauser eran «completamente erróneos.» Cuando se difundió la noticia de sus experiencias por todo el laboratorio, según el documento, otros miembros del laboratorio dijeron que ellos también habían tenido episodios en los que Hauser «presentó datos falsos y después insistió en que se usaran.»

Otras personas distintas que han trabajado en el laboratorio de Hauser durante el periodo en que realizó el estudio investigado por Harvard, y que han pedido permanecer en el anonimato, me confirmaron el relato ofrecido por el *Chronicle* y aportaron más detalles y ejemplos del patrón general de Hauser en la fabricación y falsificación de los datos y de presión sobre los otros, en especial estudiantes universitarios y otros miembros en el primer ciclo, para que hicieran lo mismo para obtener los resultados deseados. Al final, tres investigadores del laboratorio presentaron las pruebas al defensor

del estudiante y después a la oficina del decano, lo que dio lugar a la investigación previa que condujo a la investigación formal.

* * *

Una semana después de que el *Boston Globe* revelara que Harvard había hallado a Hauser culpable de mala conducta científica, Dean Smith envió una carta a la facultad de Harvard confirmando las revelaciones. La carta, que sigue siendo el único relato público de las faltas de Hauser, trataba en gran detalle los procedimientos de Harvard, resaltando que «el trabajo de investigación del comité así como su informe final se consideran confidenciales para proteger a los individuos que presentaron las acusaciones como a aquellos que ayudaron en la investigación.» Fue más discreto en los detalles de «los ocho casos de mala conducta científica» de los que se decía que Hauser era el «único responsable». Lo más que reveló Smith fue que «mientras que se detectaron diferentes problemas en los estudios revisados, en general, los experimentos reportados fueron diseñados y llevados a cabo, pero hubo problemas relacionados con la adquisición de los datos, los análisis de datos, el almacenamiento de datos y el informe de las metodologías de investigación y los resultados.» Su carta no daba información específica sobre la naturaleza de la mala conducta, ni indicaba cómo sabía el comité que Hauser era el «único responsable», a pesar de que todos los artículos que se sabe que están impugnados, así como la inmensa mayoría de las publicaciones de Hauser, tienen coautores.

Uno de los ocho casos de mala conducta científica concernía a un artículo publicado en *Cognition* en 2002, del que explica Smith que «ha sido retractado porque los datos generados en los experimentos publicados no apoyaban los hallazgos publicados.» En el segundo caso de mala conducta

científica, se publicó una corrección a un artículo que apareció en *Proceedings of the Royal Society* en 2007. En el tercer caso, concernía a un artículo que apareció en *Science* en 2007, escribía Smith, «Los autores siguen trabajando con los editores.» Smith explicaba después que «el comité de investigación encontró problemas» en «otros cinco estudios que no acabaron publicados o donde los problemas fueron corregidos antes de su publicación.» Presumiblemente uno de ellos era el experimento que incluía el reconocimiento de patrones de sonido por los tamarinos y que fue la causa de los contratiempos entre Hauser y sus ayudantes contados por *The Chronicle of Higher Education*.

El artículo de *Cognition* probaba si los tamarinos de cabeza blanca, como los niños, podían generalizar rápidamente «patrones que hubiesen sido caracterizados como reglas algebraicas abstractas,» una habilidad que podría ser importante en la adquisición del lenguaje. El editor de *Cognition*, Gerry Altmann, recibió una información de Harvard que le llevó a pensar que el artículo era un caso de mala conducta científica. Como Altmann explicaba en su blog el pasado octubre:

Como dejo muy claro en este blog (...) la información que he recibido, tomada al pie de la letra, me hace seguir creyendo que los datos que han sido publicados en la revista *Cognition* eran efectivamente una ficción —es decir, que no había base en el registro de datos para aquellos datos—. Concluí, y sigo concluyendo, que lo más probable es que los datos fueran fabricados (es decir, después de todo, la ficción es eso: una fabricación.)

Dos meses antes Altmann le había dicho al *Boston Globe* que el artículo de Hauser en *Cognition* «presenta datos (...) pero no existían dichos datos en la cinta de vídeo. Estos datos son representados en el artículo en un gráfico. El

gráfico es en efecto una ficción y la estadística que se proporciona en el texto principal es en efecto una ficción.» Y «si es el caso de que los datos han sido en efecto fabricados, que es lo que yo como editor deduzco, esto es de la máxima gravedad.

Aparentemente, los tres denunciadores no habían estado involucrados en la realización de este experimento. En su lugar, optaron por volverlo a examinar para ver si el patrón de mala conducta que habían observado podía encontrarse en otros artículos de Hauser. Esto plantea dos preguntas cruciales: ¿Había fallas también en otros artículos de Hauser que Harvard no examinó? ¿Examinó el comité de Harvard otros estudios distintos a los que les presentaron los denunciadores?

El segundo y tercer «caso» concernían a artículos sobre la capacidad de los chimpancés, los monos Rhesus y los tamarinos de cabeza blanca para entender gestos manuales de seres humanos, implicando que los primates no humanos tienen la capacidad de «leer las mentes de los demás», una capacidad cognitiva que antes se consideraba restringida a los seres humanos. Hauser y sus coautores informaron a los editores de las dos revistas, *Proceedings of the Royal Society* y *Science*, de que habían repetido sus experimentos y verificado sus conclusiones originales. La *Proceedings of the Royal Society* publicó una addenda a tal efecto. Uno de los coautores explicó en *Science* que el comité de investigación de Harvard «determinó que no había notas de campo, registros o ensayos abortados, o temas que identificaran la información asociada a los experimentos con los monos Rhesus; sin embargo, las notas de investigación y las cintas de vídeo de los experimentos con los tamarinos y los chimpancés fueron identificadas.»

Hauser y uno de sus coautores respondieron entonces que los experimentos con los monos Rhesus, tras una revisión anónima, fueron publicados en *Science* el 7 de septiembre de 2010. Que Hauser y sus colaboradores obtuvieran los datos que respaldan las conclusiones no indica si los experimentos originales se llevaron a cabo correctamente. Nunca se hará suficiente hincapié en esto. Como Gordon Gallup Jr. le dijo a *Harvard Crimson* el pasado mayo, «En última instancia no es una cuestión de si es capaz de replicar sus descubrimientos: es si otra gente puede hacerlo.» Por cierto, desde que Hauser publicó los dos artículos, se ha demostrado que los perros interpretan mejor los gestos humanos que los chimpancés. *Sic transit gloria*, la primacía de los primates en la cognición.

* * *

Hauser se ha visto envuelto recientemente en otra polémica sobre la integridad de su obra publicada. Gilbert Harman, profesor de filosofía en Princeton, ha publicado en su web un artículo alegando que *La mente moral* utiliza ideas desarrolladas en varios trabajos de John Mikhail sin darle un reconocimiento adecuado. (Mikhail es ahora profesor de derecho y filosofía en la Universidad de Georgetown. [Este es el análisis de Harman](#), que incluye una lista de pasajes que considera cuestionables.) Harman dice que el trabajo de Mikhail en cuestión es la defensa de su tesis en Cornell (2000) y su tesis en Stanford (2002) y una reseña en el *Stanford Law Review* (2002).

La controversia de *La mente moral* no es que Hauser pasara como suyas frases enteras copiadas de los escritos de Mikhail. Sino que, como Harman escribe, «la sección sobre Plagio en el *Manual de Publicaciones de la Asociación Americana de Psicología* dice: “El elemento clave de este principio es que un autor no presenta el trabajo de otro autor como si fuera

suyo. Esto puede extenderse a las *ideas* así como a los escritos” (Las cursivas en estas citas son mías.)» Harman señala que en *La mente moral*, «Hauser presenta como nuevo descubrimiento propio y como idea central del libro la misma analogía entre la gramática lingüística universal y la gramática moral universal» que Mikhail había propuesto en la defensa de su tesis. Es más, según Harman, Hauser «dice que el análisis del acto inconsciente es una condición previa y un paso preliminar para juzgar actos morales como permisibles, prohibidos u obligatorios y lo pone en contraste con un relato basado puramente en la emoción. No dice que esto lo cuenta Mikhail (2000) (...) y que fue desarrollado en detalle en Mikhail (2002a).»

Una parte del argumento de Harman concierne a lo que los filósofos llaman «el dilema del tranvía», o dilemas como si empujar a una persona delante de un tren para evitar la muerte de otras cinco es moralmente permisible. En *La mente moral* Hauser trata cuatro dilemas, «Denise», «Frank», «Ned» y «Oscar.» En la defensa de su tesis Mikhail da cuenta de los dilemas del tranvía con los mismos nombres; Hauser no cita a Mikhail, de quien debe haber cogido al menos dos de estos ejemplos. Harman escribe que Hauser «traza la misma paralela entre los juicios lingüísticos inmediatos y los juicios morales inmediatos sin referirse al planteamiento de Mikhail (2000), parecido pero anterior. Similarmente, Hauser señala que la analogía lingüística sugiere que hay limitaciones innatas en el desarrollo moral que podrían hacer incomprensibles entre sí las distintas gramáticas morales, sin hacer referencia al planteamiento previo de Mikhail sobre el mismo punto.»

Harman ha publicado la respuesta de Hauser, que dice que «Mikhail es citado repetidas veces en *La mente moral*, y destacado en los Agradecimientos como alguien que ha tenido gran influencia en mi

pensamiento.» (Mikhail no ha respondido). Añade Hauser: «Estas acusaciones confunden la influencia intelectual corriente con la mala conducta (...) y pasan por alto la importante diferencia entre un libro comercial, el análisis empírico y un tratado académico de filosofía.» Hauser tiene razón cuando dice que las publicaciones comerciales no tienen reglas respecto a citar las fuentes. Por el contrario, habiendo estado en el comité de Princeton que se ocupa de casos de plagio entre estudiantes universitarios, estoy seguro de que si Hauser fuera un estudiante, incluso una pequeña parte de no dar crédito a Mikhail merecería un serio castigo.

* * *

En su carta de dimisión a Harvard, Hauser escribió: «Cuando estaba de baja el año pasado, empecé a realizar algún trabajo extremadamente interesante y gratificante centrado en las necesidades educativas de los adolescentes en riesgo. También me han ofrecido algunas excitantes oportunidades en el sector privado.» En una entrevista titulada «Sobre cómo juzgamos la mala conducta», realizada unos meses antes de que el *Globe* diera la noticia de la investigación de Harvard, y disponible en YouTube, Hauser habla de los psicópatas y sugiere que «distinguen el bien del mal, pero simplemente no les importa.»

La estructura del laboratorio de Hauser era similar en muchos aspectos a la de mi laboratorio y de otros muchos laboratorios de biología medianos y grandes en las universidades de investigación. Estos laboratorios los ocupan una serie de personas, que incluyen estudiantes, técnicos de investigación pagados, licenciados, becarios postdoctorales y visitantes. Algunos miembros —en especial los estudiantes— trabajan en el laboratorio durante años, mientras que otros están más de paso. El investigador principal, (IP),

como Hauser o yo mismo, selecciona a los miembros del laboratorio, normalmente les paga, les sugiere (o les asigna) experimentos y evalúa su trabajo. Para los estudiantes, el IP es por lo general la persona más importante en su vida científica, actuando como mentor, supervisor, modelo, asesor, crítico, editor, coautor, defensor, referencia y a veces rival.

Todos los laboratorios son como las familias complicadas, pero cada laboratorio es complicado a su manera. Junto a las rivalidades entre hermanos, hay batallas por la atención, el elogio, la identidad, la privacidad y la independencia. La relación íntima de un IP con sus estudiantes dura a menudo tanto y con tanta intensidad como la familiar. Para un estudiante, denunciar a su mentor es un extraordinario y arriesgado paso. Además del trauma emocional y psicológico, la denuncia de los estudiantes de sus IP, aunque se confirmen, arruina muchas veces sus carreras. Si el IP es despedido o pierde su apoyo económico, los miembros de su laboratorio suelen perderlo casi todo —su apoyo económico, las instalaciones del laboratorio, su proyecto de investigación y a veces su credibilidad—. Pero en el caso Hauser las cosas han resultado muy diferentes: los tres denunciados cuya acción provocó la investigación de Harvard han continuado sus exitosas carreras en la investigación científica.

Los procedimientos y conclusiones de la investigación plantea muchas preguntas. Sus métodos y sus resultados permanecen secretos. Sus procedimientos no guardan relación con las garantías procesales que son el objetivo de nuestro sistema judicial. No tenemos una idea clara de la naturaleza exacta de las pruebas, de cuántos estudios han sido examinados y si se ha pedido a alguien más aparte de los tres denunciados y Hauser que testifique. Uno de los denunciados me dijo, para mi sorpresa y alivio,

que el comité, que incluía científicos, observó cuidadosamente las pruebas, llegando hasta el punto de recalcular las estadísticas.

Aparte de la injusticia potencial hacia el acusado y los acusadores, el secretismo de la investigación y la escasez de datos específicos en las conclusiones es perjudicial para todo el campo de la cognición animal. Qué tipo de irregularidades existieron exactamente en los «ocho casos de mala conducta» y qué implicaciones tienen para otros artículos de Hauser y para el campo en general siguen sin aclararse.

Aunque parte de lo que conozco del caso Hauser se basa en conversaciones con fuentes que prefieren permanecer en el anonimato, me parece que hay pocas dudas de que Hauser es culpable de mala conducta científica, aunque está por ver hasta qué punto y con qué gravedad. Al margen del resultado final de la investigación de Hauser por parte de la Oficina de Integridad en la Investigación, se ha hecho un daño irreversible al campo de la cognición animal, a la Universidad de Harvard y sobre todo a Marc Hauser.